

dominado por grandes corporaciones con poder gracias a su dominio tecnológico, y describe con precisión al menos tres realidades sobre la cual se fundamenta el mundo actual: una red de comunicación global mediante telégrafos, lo que se podría entender como una "proto-internet" donde varía la tecnología pero la esencia es la misma; en segundo lugar, máquinas para transmitir imágenes y sonidos como podría ser hoy un smartphone, y, finalmente, la dependencia creciente de la sociedad en torno a máquinas que eran capaces de realizar cálculos complejos, como las computadoras, sin embargo, su foco fue en mostrar que eran capaces de reemplazar al hombre, lo que permite homologarlo a uno de los debates actuales en torno a la inteligencia artificial.

El París descrito en la obra muestra un alto desarrollo, triunfando la sociedad basada en la tecnología, pero a costa de la humanidad, donde se desprecia la literatura o el arte por no ser productivos, y la educación ha pasado a ser una acción netamente técnica y comercial. Con este contexto, el autor no sólo estaba prediciendo la eficiencia y rol que alcanzarían más de 150 años después las máquinas, sino el costo social: una sociedad cada vez menos humana.

El peligro pronosticado por Verne no estaba en la máquina, sino en cómo el hombre pasa a ser un engranaje más de la misma; pero el avance está en la máquina y no en el hombre, situación que podría suceder efectivamente si es que, desde hoy, no ponemos el foco en cómo integramos la IA de forma efectiva a nuestros procesos educativos y productivos con foco en las personas y no sólo en las ganancias económicas a corto plazo.

CRISTIAN VILLEGAS

Director Instituto de Educación y Lenguaje
Universidad de Las Américas

El PC y la Dictadura Cubana

Señor Director:

Negar una dictadura no la hace desaparecer, sería bueno que el PC así lo entienda; cambiarle el nombre, justificarla por sus supuestos logros o relativizarla según la ideología que la respalde no altera su esencia; por eso resulta intelectualmente deshonesto afirmar que Cuba no es una dictadura, del mismo modo que sería inaceptable negar que en Chile hubo una dictadura militar; en ambos casos, el patrón es claro: concentración del poder, represión de la disidencia y restricciones sistemáticas a las libertades fundamentales y los Derechos Humanos.

Este problema no es exclusivo de un país ni de una época: en América Latina, Nicaragua ha derivado hacia un régimen abiertamente autoritario, con persecución política, cierre de me-

dios y eliminación de la competencia electoral real; en Venezuela, el vaciamiento de las instituciones democráticas, la cooptación del poder judicial y la criminalización de la oposición configuran un sistema donde la soberanía popular es puramente formal; incluso en contextos más discutidos, como El Salvador, la concentración de poder, el debilitamiento de los contrapesos institucionales y el uso excepcional y prolongado de estados de emergencia, plantean alertas serias sobre la deriva autoritaria, aunque ésta cuente con respaldo electoral.

El fenómeno tampoco es ajeno a Europa: en Hungría, el progresivo deterioro del Estado de derecho, la captura de los medios de comunicación y la subordinación del poder judicial han dado lugar a lo que muchos describen como un régimen "iliberal": una democracia vaciada desde dentro, donde las elecciones existen, pero la competencia y la libertad política están profundamente erosionadas.

Frente a estos ejemplos, la discusión no debería centrarse en si un régimen "hizo cosas buenas" o si actuó en nombre de causas populares, de la seguridad o de la justicia social; ese razonamiento instala una distinción peligrosa: la idea de que existen dictaduras aceptables y otras condenables: no las hay. Cuando se suprimen libertades, se persigue a opositores, se controla la prensa y se gobierna sin límites efectivos al poder, el resultado es siempre el mismo, sin importar el signo ideológico ni el relato justificatorio. Reconocer esto no implica equiparar historias nacionales, ni desconocer contextos distintos; conlleva algo más básico: coherencia democrática. No se puede condenar con razón las violaciones a los derechos humanos cometidas por una dictadura y, al mismo tiempo, minimizar o negar las que ocurren bajo otra porque resulta políticamente incómoda; la defensa de la democracia pierde toda credibilidad cuando se vuelve selectiva.

Decir las cosas por su nombre no es un gesto provocador, ni ideológico; sino un mínimo ético. Si de verdad creemos que la democracia y los derechos humanos no son negociables, entonces debemos afirmarlo sin matices convenientes. No hay dictaduras buenas o malas: hay dictaduras; y todas deben ser reconocidas y rechazadas como tales.

FELIPE VERGARA

Director de Postgrado Facultad de Economía y
Negocios U. Andrés Bello
Analista Político Internacional

Estimados lectores, pueden enviarnos sus cartas al director a los siguientes correos:

director@diariolaprensa.cl
editorlaprensa@gmail.com

Las cartas enviadas a esta sección deben ser cortas, no exceder de un máximo de 350 palabras y consignar la individualización completa del remitente, incluyendo su número telefónico. La dirección se reserva el derecho de seleccionar, extraer, resumir y titular las cartas, sustrayéndose a cualquier debate con sus corresponsales. No se devuelven las cartas que no son publicadas.